

toridades establecidas, que reconozco como depositarias del poder que les ha venido de Dios. Todo poder viene de Dios, dice el Apóstol. Usando de la libertad á todos concedida, quiero sí manifestar con franqueza mi opinion acerca de una cuestion que no es local, sino que afecta á todos los países, así monárquicos como republicanos, en que hay libertad de cultos y doctrinas. Hecha esta advertencia permitidme continuar.

Aunque mi desaliñado discurso afecte las humildes formas de una sencilla disertacion, en vez de las magestuosas de una Oracion Académica, con cuyo nombre se ha querido anunciar, voy á entrar de lleno y desde luego en las pruebas de mi asercion; pruebas que en su mayor parte descansan en estas dos proposiciones. Primera: los gobiernos de que os he hablado no pueden tener enseñanza oficial sin contradecirse y minar la base de su existencia, traspasar la ley que es el fundamento de la democracia y sin violar la justicia distributiva. Segunda: sus escuelas no gozarán jamás de la unidad de enseñanza y producirán siempre, como fruto natural, el escepticismo en el entendimiento y la desmoralizacion en la voluntad de sus alumnos. Oidme, Señores, y pronto quedareis convencidos de la verdad de estas proposiciones.

Los gobiernos de la Revolucion han prometido solemnemente la más amplia libertad, el respeto mas inviolable y sagrado á todas las doctrinas y creencias. Han juzgado que deben ocupar únicamente el augusto puesto de moderadores en la liza de las inteligencias; y eso, solo para hacer que nadie pase de los límites de un debate razonado al terreno de las ofensas de hecho ó de palabra; solo para impedir que las conmociones de los espíritus y de las doctrinas trasciendan al orden público y lo perturben; mas de ninguna manera para ejercer presion ó coaccion alguna sobre las almas, para luchar contra la propaganda de las diferentes religiones y escuelas filosóficas que se vienen disputando el dominio del entendimiento humano.

Por un compromiso con los pueblos, por un pacto que les da el sér de tales, deben pues, semejantes gobiernos mantenerse en una altura serena á donde no alcancen los vientos de las opiniones, las agitaciones de los partidos. Descender de esa altura; dejarse llevar por el soplo de alguna opinion; colocarse en alguna agrupacion al lado de alguna bandería; constituirse fautor especial ó agente de alguna escuela filosófica, propagandista de alguna religion ó de la impiedad, todo esto los degrada; nada de esto pueden hacer sin romper al

mismo tiempo los títulos con que gobiernan; sin dejar de ser representativos del pueblo; porque en ese caso combaten en favor de un grupo, de una creencia, de una doctrina; contra la masa del pueblo, contra las demás religiones y escuelas; ya no son gobiernos, porque se han convertido en una de las fuerzas contendientes. Y para hablar con brevedad y claridad os diré que los gobiernos hijos de la Revolucion no pueden ser propagandistas en materia de religion, ni de doctrinas filosóficas, por tres razones. Primera: porque el propagandista trata de hacer que los demás piensen como él, pretende verdaderamente establecer la unidad de pensamiento, unidad que dichos gobiernos han rompido porque la han creído, bien ó mal, como la rémora principal para el progreso y como un ataque á los derechos del hombre. Segunda: porque al declarar la tolerancia de todas las religiones y escuelas, han declarado tambien que á ninguna de ellas reconocen como poseedora de la verdad. Seria, en efecto, una grande injusticia que concedieran iguales derechos al error y á la verdad conocida; y faltarian en gran manera á su deber, que es encaminar la sociedad hácia su felicidad, no declarando donde está la verdad, bien supremo á que aspira el hombre con toda la energía de su naturaleza, necesidad imperiosa de la mas noble de sus facultades. Tercera razon: para ser propagandistas, tendrian que emplear tales gobiernos el poder, la autoridad y otros medios de accion en favor de una fraccion del pueblo y en contra probablemente de la mayoría, lo que importa una injusticia enorme, porque tales medios los han recibido de todo el pueblo, y nada será mas injusto que hacer de ellos armas para luchar contra los mismos que se los han proporcionado.

Luego tales gobiernos, Señores, no pueden establecer escuelas. ¿Qué os parece la intempestiva consecuencia? ¿La negais? La pruebo. La escuela es el mejor medio de propaganda, porque se hace dueña del hombre en el estado más apropósito para formarle las costumbres é imprimirle las ideas y la direccion que se quieran. Y toda escuela importa necesariamente propaganda de alguna religion ó de la irreligion, y de alguna doctrina filosófica. La disyuntiva que forma la primera parte de esta proposicion no admite medio; la naturaleza de la escuela lo rechaza, porque ella no es un acto aislado que pueda ser indiferente, sino que comprende muchos actos y algunos años, y precisamente los años y los actos en que el hombre adquiere las ideas y costumbres que regularmente lo acompañan por toda su vida. Los alumnos permanecen en la escuela la mayor parte



del tiempo útil de esos años, puesto que se acostumbra tenerlos en ellas de siete á ocho horas diarias, si nó más. Siendo pues la escuela, dueña de los niños en la mayor parte del tiempo de su formación, y ocupándose ella exactamente en formarlos, ó usa para esto del elemento religioso, ó prescinde de él; y en este caso formará á sus educandos en la indiferencia, que es la propaganda más temible contra toda religion. Además, toda educacion, como que forma las costumbres, es necesariamente religiosa ó irreligiosa: y toda escuela necesariamente educa porque debe instruir, y la instruccion no se puede separar de la educacion buena ó perversa, conforme á la instruccion; como no se puede aislar la voluntad del entendimiento, ó impedir que de este se derive una especie de movimiento hácia aquella.

En fin, contra hechos no hay argumentos. Que se diga en qué tiempo y en dónde ha existido una sola escuela que no haya influido poderosamente en la educacion, en las costumbres de sus alumnos; que no haya contribuido con un influjo casi siempre irresistible á formarlos religiosos ó irreligiosos. No ha existido, Señores, y la naturaleza de las cosas nos garantiza que jamás existirá.

Toda escuela, aun la más despreciable, tiene igualmente que colocarse al lado de alguna doctrina filosófica; necesita ordenar su enseñanza fundándose en algunos principios y siguiendo algun sistema, ya racionalista, materialista ó cualquiera otro. No puede dejar de seguir alguno, ni seguirlos todos. Apelo á vuestra ilustracion y al testimonio de la historia de las letras. Luego todo el que sostiene una escuela, es propagandista de alguna religion ó de la irreligion y de alguna doctrina filosófica. Luego los gobiernos que no deben ser propagandistas de ninguna de estas cosas, no pueden tener escuelas.

Para que quedeis plenamente convencidos de esto, yo os ruego, Señores, que dirijais una mirada á las escuelas del Estado, principalmente á las de instruccion secundaria, y que me digais luego si no es cierto que mi teoría está conforme con los hechos, y que tales planteles constituyen la propaganda más poderosa de la irreligion y del materialismo ateo, cuyas tendencias prevalecen en ellas. Esto se halla en la conciencia pública, esto lo ven nuestros ojos, lo palpan nuestras manos.

Veamos ahora la cuestion bajo otro aspecto. Los gobiernos sostienen sus escuelas con los fondos públicos: es decir, hacen que cada uno de los asociados contribuya, con una parte proporcional para el sostenimiento de la instruccion pública. Reunen el fondo, estable-

cen la escuela, y esta resulta favorable á un credo, á una opinion, y enemiga de todas las otras creencias y doctrinas. ¿Será eso equitativo? ¿No es esto hacer que el dinero de todos aproveche solo á una fraccion y á una fraccion enemiga? ¿Tendrá derecho el gobierno para obligar á la iglesia protestante á que pague las escuelas de la Iglesia Católica, ó á ésta las de aquella, ó á ambas y á todas las religiones á que paguen la enseñanza impía que toda religion detesta? ¿No queda así violada enormemente la justicia distributiva, que debe normar siempre los actos del gobernante y que prescribe que por todo cargo, por todo gravámen corresponda al que lo sufre una ventaja, un provecho proporcionado? ¿Qué ventaja resulta á los católicos de ayudar á la propaganda del protestantismo ó de la impiedad? Esta prueba es evidentemente inconcusa. Jamás allanarán este obstáculo los gobiernos de un país mixto, y mientras tengan escuelas, estarán cometiendo una injusticia, una especie de robo, puesto que retienen y gastan lo ageno contra la voluntad legítima de su dueño. ¡Y cuánto se agrava esta reflexion al considerar que los católicos componen la mayoría de casi todos los pueblos en que las escuelas oficiales son impías! Se nos está obligando á sostener á nuestros peores enemigos y se dice que no tenemos por qué quejarnos.

Diráse empero que el problema está ya resuelto, no solo plausiblemente sino en todo de acuerdo con el sistema de imparcialidad que los gobiernos se han obligado á seguir. Diráse que en sus escuelas se admiten indistintamente maestros y textos racionalistas y materialistas; ateos y panteistas; que ningun libro queda excluido de ellas por las doctrinas que enseña, ni se deja de admitir á una persona entre sus profesores porque siga las doctrinas del Syllabus ó porque diga con Proudhon que la propiedad es un robo y el despojar á los ricos un acto virtuoso y santo; diráse que esto es lógico, legal, porque en un país en donde cada uno es libre para profesar las ideas que guste, nadie debe quedar excluido por sus opiniones, nadie suplantado especialmente por ellas.

Yo pregunto, Señores,—y ya sabéis por qué,—¿serán esos planteles, indiferentes en materia de religion, es decir, impíos, ó vivirá en ellos el espíritu religioso, y en este caso, estarán bajo la influencia de una, ó de todas las religiones? ¿Quién designará los maestros y los textos de cada cátedra y principalmente de la de Filosofía, cátedra que así como determina generalmente el porvenir literario del escolar, informa para siempre su entendimiento con ideas fijas acerca de mu-



chos puntos de grandísima importancia, como son los que se relacionan con su origen, su naturaleza y su destino? ¿El gobierno deberá hacer la eleccion? No puede ser. Repugna á la posicion neutral en que se ha colocado, porque eso importaría un privilegio para la opinion favorecida y una violacion de promesas sagradas hechas á las otras. ¿Será el pueblo el elector en este asunto? Mas entónces se nos presenta un bello cuadro; los ignorantes juzgando á los sábios, ya para concederles el título de tales, ya para decidir quienes son los más aptos. Luego dichos gobiernos no pueden tener escuelas, porque ni ellos ni nadie puede determinar quienes han de ser los profesores y cuáles los textos.

Quando los gobiernos encuentren la manera de constituir una escuela que no siga ningun sistema filosófico; que no sea religiosa ni irreligiosa: ó que siga todos los sistemas y amalgame en sí la piedad con la impiedad, entónces tendrán derecho para fundar y sostener escuelas oficiales.

Como parece que han pretendido realizar la amalgama de todas las doctrinas, examinemos su obra; este exámen nos suministrará una prueba más de que no deben tener escuelas, nos enseñará lo que son las que tiene y qué frutos están dando y darán mientras existan.

En la adquisicion de toda arte y en general de todo hábito, el hombre debe proceder ó ser llevado con orden, de manera que avance de lo fácil á lo difícil, de lo imperfecto hácia lo perfecto, aunque jamás lo toque. Por lo que es condicion necesaria en toda buena enseñanza, que el maestro lleve al discípulo como de la mano y por una pendiente muy suave, desde las ideas mas accesibles y aun vulgares hasta las cumbres de la ciencia, hasta los pensamientos elevados que dominan los vastos campos del conocimiento humano. Debe proponerle las verdades encadenadas, de tal manera, que las posteriores sean consecuencia ó como consecuencia de las primeras; éstas luz de aquellas; y todas ligadas tan íntimamente que, en cuanto sea posible, no quede ningun espacio intermedio, ninguna laguna de sombras. En una palabra: el método, que es elemento de grande importancia en todas nuestras obras, es no solo útil, sino indispensable para la buena instruccion científica. Por el contrario, la falta de buen método, es decir, el desórden en la enseñanza, como seria colocar á un jóven inexperto en medio del laberinto de todas las opiniones, ó querer imbuir desde el principio su entendimiento vírgen en las doctrinas de todas las escuelas, daría necesariamente por resultado el no

formarlo en ninguna, abrumar á ese miserable jóven con una carga que no puede soportar, nutrir su inteligencia con una ingrata mezcla que no sabrá digerir, y que por lo mismo la desvirtuará, la estragará; es hacer de su alma un campo abierto batido por todos los vientos, trillado y removido constantemente, que no producirá jamás planta alguna; es cómo querer que un aprendiz de pintura se forme á la vez en varias escuelas, ó que la torpe mano que traza los primeros rasgos, se ejercite en imitar diferentes muestras de letras. Lo absurdo de un procedimiento semejante se presenta con proporciones inmensas á las miradas de todos; nadie hay que no vea que así se nulifica la enseñanza; y tratar de demostrarlo, seria ofender, no digo á vuestra ilustracion, sino aun al simple buen sentido.

Por tanto, toda enseñanza, y principalmente la científica, debe ser una con unidad de orden, de enlace y de perfecta armonía entre sus doctrinas, so pena de ser absurda, de ser contra la naturaleza humana y de nulificarse á sí misma. Mas la enseñanza oficial de un país de opiniones y creencias mixtas no puede gozar jamás de tal unidad, y será siempre absurda, contradictoria y adversa á la naturaleza. Luego un país semejante no debe tener escuelas ó enseñanza oficial porque no debe crear monstruosidades que solo producirán frutos amargos.

¿Me exigis la prueba de la menor? Aquí la teneis. Es inconcusa; es perentoria; llamo fuertemente vuestra atencion sobre ella. Las escuelas de los gobiernos hijos de la Revolucion, carecen y carecerán siempre de ese elemento esencial á la buena enseñanza, que es la unidad ó armonía entre sus doctrinas, por una causa de division tan manifiesta como inevitable y que es el necesario desacuerdo en que estarán siempre los maestros entre sí y los textos entre sí tambien y con los profesores. ¿Preguntais por qué? Porque en rigor de justicia, los profesores y los textos deben pertenecer á diferentes escuelas y religiones; ya sea que los designe el gobierno, quien no puede escogerlos de una sola religion ó escuela, ó mandarles que profesen las mismas doctrinas, sin cometer una grande injusticia, sin salir de la imparcialidad en que se ha colocado y ponerse en contradiccion consigo mismo y con sus súbditos; ya sea que los elija el pueblo, que como se supone de opiniones y creencias mixtas, lo mismo serán necesariamente sus elegidos siempre que el sufragio popular sea una verdad práctica. Imaginaos, Señores, visitando las aulas de un cole-



gio del Estado en el que verdaderamente se estudie y no se tenga empacho en emitir las opiniones que cada uno abriga. Ahí oireis á uno que niega la existencia de Dios; á otro que dice que Dios es el gran todo que se desarrolla en el tiempo y el espacio; á este, que juzga al hombre solo como la mejor máquina, niega que tenga alma inmortal, que goce de libertad y sea responsable de sus acciones, y sostiene que la medida de lo lícito é ilícito es su utilidad ó el alcance de sus fuerzas. Otro os dirá que nuestra alma es un pobre preso que, acabando de expiar sus crímenes, abandonará la cárcel del cuerpo y volará á los astros. Aquí proclamarán como criterio único de toda verdad el testimonio de los sentidos; allá defenderán como verdad evidente hasta lo que sueñan. Hallareis que los textos están en pugna unos con otros; los profesores con los textos; y aun un mismo profesor y un mismo texto consigo mismo, lo que no parecerá extraño á todo el que haya observado la marcha del entendimiento humano cuando camina sin brújula, sin señal alguna que le indique el rumbo que debe seguir por los mares del pensamiento. Hallareis que en los colegios del Estado no hay unidad de enseñanza, y os convencereis de que no la habrá jamás, porque nunca tendrán un cuerpo docente homogéneo; porque lógicamente y en justicia los profesores y los textos deben ser heterogéneos.

Tales escuelas se me representan como borrascosos golfos en que luchan desencadenados los vientos de todas las opiniones; y los infelices jóvenes, que con el ardor y la sencillez de su edad llegan á ellas, como incautos y noveles marinos que sin brújula, sin timon, ni práctico, lanzan á todas velas la frágil embarcacion de su vida hácia las agitadas olas que muy pronto la sepultan en el abismo.

Qué, ¿negais la segunda parte de la paridad? ¿Decis que el escolar es libre para aceptar ó rechazar las opiniones, y no lo es el navegante respecto del naufragio? Ah, sí: el escolar novicio, en las circunstancias que lo consideramos, goza de la misma libertad de que disfrutaría uno de nuestros aldeanos al escoger en un mercado de falsificadores el diamante verdadero que se oculta entre mil falsificados.

No, Señores, decir que el alumno es libre en la eleccion de las opiniones; que eso basta para obviar las dificultades, es desconocer por completo la naturaleza moral del hombre; es olvidarse de que la ignorancia disminuye y aun quita la voluntariedad de las acciones; de

que el maestro ejerce un influjo irresistible en el discípulo; es patrocinar, tal vez inconcientemente, el fraude y la astucia que explotan y sacrifican al ignorante y al crédulo de corazon sencillo.

Es falso, Señores, que el novel alumno de las escuelas de la revolucion sea libre para elejir entre el error y la verdad, porque esta es para él inaccesible, no puede ser término de su eleccion, por lo menos racional. Porque no estando aún capaz de distinguir una demostracion de una vana declamacion, ni de descubrir el error que se oculta tras del brillante velo del sofisma, oye discursos contradictorios que se llaman pruebas, ve que los contendientes son hombres muy estimados por su saber, y de aquí el que venga á quedar desprovisto de todo medio para discernir entre la verdad y el error. Como dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen, así se nulifican para él la autoridad enfrente de la autoridad y la razon enfrente de la razon. Los dictámenes de la razon, emitidos como por órganos propios, por los maestros y los textos, serán para él casi siempre igualmente concluyentes. Porque es cosa difícil, aun para entendimiento bien ejercitado, descubrir el punto vulnerable de un sofisma bien tramado y romper los hilos de su exquisita urdimbre, y por tanto, asunto moralmente imposible para los educandos del Estado, jóvenes inexpertos, que ignoran casi del todo la estrategia de la Dialéctica, que no saben ni mal usar de las armas de la razon, las que tal vez ni conocen; porque si hay una cátedra ordinariamente descuidada en sus planteles es la de Lógica. Fuera de que ni la habilidad que en un buen curso de Dialéctica puede adquirir un talento sobresaliente basta para que salga airoso en el recio combate de las opiniones y se libre de los errores que por todas partes se esfuerzan en invadirlo.

Si además reflexionamos que en la misma cátedra de Lógica se presentan desde el principio controversias de grandísima importancia y de solucion tan difícil como trascendental; que aun ántes de frecuentar dicha cátedra, oyen los alumnos mil disputas relativas á la Religion, á la autoridad, á la libertad, y á otros asuntos tan importantes y tan árduos como estos; que la Lógica solo da la infalibilidad de la consecuencia, y esto al que la posea con alguna perfeccion, pues que no ha librado de un consiguiente falso ni al mismo Aristóteles; que los alumnos permanecen todo un año bajo la irresistible influencia de un maestro y se constituyen sucesivamente en los demás de su carrera literaria bajo la no menos poderosa de los otros profesos-



res, en los que es imposible que reine el mismo espíritu, y por último, que los textos cuya influencia en los alumnos es también eficaz, están en pugna unos con otros, como pertenecientes á diferentes escuelas y que será no solo muy probable sino lo ordinario que el profesor y el texto de una misma cátedra no se hallen de acuerdo; si meditamos profundamente todo esto, nos veremos obligados á concluir que los colegios del Estado deben ser unas Babilonias donde nadie entiende la lengua de los demás; donde uno destruye lo que otro edifica; donde los alumnos quedan sin norte, sin guía, sin más criterio para distinguir lo verdadero de lo falso que sus sentidos, cuando no se les haga dudar de su veracidad. Las tres fuentes de todo conocimiento, la autoridad, la razón y aun la misma experiencia están casi secas para ellos. Por una vez que tengan la dicha de encontrar la verdad, habrá mil en que abrazarán el error; porque la verdad es una como es una la recta que une dos puntos: los errores son innumerables como las curvas que se pueden tirar entre dos puntos. Se formará en sus almas un fárrago de ideas en que brillarán algunas verdades incoherentes, aisladas por lagunas inmensas de tinieblas. Esto será lo ménos malo, y no lo que regularmente sucederá. Lo más natural y á la vez lo más grave, lo que casi necesariamente vendrá á suceder, será que vean con el mayor desprecio toda autoridad científica, y con desconfianza absoluta á la razón; que caigan en el escepticismo universal. Hé aquí el fruto tan amargo como necesario que producen esas encarnaciones monstruosas del absurdo, que se llaman colegios del Estado.

Si registráis, Señores, la historia de la Filosofía, hallareis allí escuelas materialistas, racionalistas, ateas, panteístas y de otras varias denominaciones que han tomado, ya del método, ya de las doctrinas que adoptaron; mas en vano buscareis fuera de nuestra época alguna escuela en que hayan estado colocados al acaso, racionalistas puros al lado de empíricos exagerados; ateos amalgamados con deístas. Reservado estaba á nuestra edad, el ofrecer fenómeno tan raro. Y, ¿qué deberá resultar de ese choque de todas las opiniones, en donde el materialista convence de falsedad al materialista, este hace lo mismo con aquel; y á su vez el ateo, el deísta, el panteísta, el metafísico y el positivista, se refutan mutuamente? ¿Qué resultará de esa guerra, de esa destrucción de la enseñanza por la enseñanza, sino que la razón vea sombras por todas partes, y que caiga necesariamente en la duda,

en ese estado de atormentador equilibrio, ó mas bien, de indiferencia, de inacción; es decir, de muerte intelectual?

En el orden moral se verifican fenómenos análogos á los del orden físico; y así como en éste las fuerzas iguales y contrarias se destruyen y no conmueven el cuerpo sobre que actúan, así en el orden racional se destruyen y dejan suspensa el alma los raciocinios opuestos y de igual fuerza, como son para el educando del Estado casi todos los que oye acerca de las cuestiones fundamentales que generalmente son muy árduas.

En fin, Señores, la historia nos dice que la escuela escéptica ha nacido del choque de las demás, lo que es casi necesario, porque dos contradictorias no pueden ser á la vez verdaderas ó falsas: todo hombre está íntimamente convencido de ello, es decir, de que lo blanco no es negro; de donde se sigue que al verse acosado el entendimiento por razonamientos opuestos que prueban la verdad y la falsedad de una misma proposición, desconfía de las demostraciones y aun se ve como obligado á negar su existencia.

Ahora bien, Señores: ¿quién se atreverá á negar que en los colegios oficiales, en que se estudie un poco y se hable claro, reina ese desconcierto de doctrinas, esa guerra de las opiniones, como resultado inevitable de la necesaria heterogeneidad de los profesores y textos, de la libertad, ó mas bien, libertinaje del pensamiento, de la loca ambición de ciencia, y de cierto error funestísimo en que, según parece, se hallan no pocos profesores y muchísimos alumnos, y consiste en creerse capaces de disputar de todo porque saben algo? Se encuentran generalmente en un estado de crasa ignorancia, en un estado rudimentario acerca de los problemas religiosos, lógicos, psicológicos y morales que son los más importantes y grandiosos de todos los que han ocupado la atención del hombre; y sin embargo, con saber los nombres de los inventos que hoy causan más sensación y poder decir algo de sus teorías; con creer que conocen la relación del diámetro á la circunferencia, ó la distancia de la tierra al sol; con un ligero tinte de Historia ó de Física, se encuentran ya aptos para definir con aire de completa suficiencia, que la Lógica es una patraña, la Moral un mito, la Metafísica, un laberinto, cárcel del entendimiento; la virtud y el vicio, los premios y las penas de ultratumba, ficciones anticuadas y nada más.

Decid ahora vosotros si morará la ciencia en los hogares de las